

Autor: Ana Laura Lissardy*
Título: ERNESTO ÁLVEZ, 62 AÑOS, CARROCERO. VARIACIONES SOBRE UN MISMO TEMA
Ciudad: Montevideo, 2009.
Producción: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina. www.c3fes.net.
Nota: Este texto puede ser reproducido con previa autorización con un objetivo educativo y sin ánimo de lucro.

ERNESTO ÁLVEZ, 62 AÑOS, CARROCERO.

VARIACIONES SOBRE UN MISMO TEMA

Un trozo negro de tabaco reptaba y se retuerce, un instante antes de aceptar su suerte y dejarse pulverizar por los dedos de Ernesto. Esos dedos trancos, con cinco falanges menos, que aun así lo vencen y esparcen sus restos por un trozo de chala que descansa sobre la pierna. Ernesto está satisfecho. Se le nota en el gesto que le dibuja el deslizarse de la lengua por la chala, el acercarse del cigarro a la boca, el encenderlo. Se le nota en los ojos que son inventados al ser mirados por ese arroyo Yacuy, que llega desde el río Uruguay hasta casi debajo de sus pies y sus alpargatas, tan gastadas como sucias. Se le nota en esa postura erguida de su cuerpo marrón y ajado, provocada por la raíz del árbol en la que está sentado. Se le nota en la arena sucia y oscura, en los arbustos bajos y desaparejos. Se le nota en la chalana que plancha las ondas del río, en los montes bajos de la otra orilla. Se le nota en ese pueblo Belén, al noroeste de Uruguay y en el departamento de Salto, en el que fuma apacible y seguro. Ese pueblo que lo inventó y lo sigue inventando cada mañana. Y que lo hizo inventor después de tanto. Cuando, a sus 61 años, doce meses atrás, descubrió finalmente quién era, porque descubrió su oficio: constructor de carrozas. Porque en su mundo las personas son creadas por los objetos que las circundan. Él lo sabe y no opone resistencia. Él lo sabe y asume, con la misma calma con la que apoya su mano en la rodilla de huesos y pelos. Él, que fue esculpido por su entorno y algunas circunstancias, hasta dejarse ser. Él, que es tan igual a sí mismo.

Piensa y mira el agua opaca. Da una pitada a la chala amarillenta. Dice: "Aprendí a encontrar lo que busco... Porque eso es algo que se aprende". Lo dice porque, antes de sentarse allí, estuvo caminando esas orillas; estuvo buscando restos guaraníes entre piedras, tierra y ramas secas. Restos de vasijas y cultura, una que siente como madre engendradora; la suya. Pero lo dice también por ese reciente descubrimiento del oficio de carrocerero que llevaba dentro, pero que hasta hace tan poco nunca había logrado sacar hacia afuera. Había reparado carros de paseo y trabajo, pero no descubrió ser carrocerero hasta que el municipio de Montevideo le encargó la construcción de un carruaje antiguo con fines turísticos. Entonces supo, neta y claramente, que él era eso, su oficio. Un oficio que desaparece, o desapareció ya, pero no le importa: "Lo que se extingue es el trabajo, no el oficio; el oficio nunca desaparece. Una cosa es practicarlo y la otra llevarlo adentro. Y llevarlo adentro es lo que cuenta". Un oficio que no puede darle de comer, pero que sí le da fibra y nervio: "Lo que uno siente al moldear una pieza es lo que uno es. Para mí, construir la carrocería fue un rescate; me rescaté a mí mismo. Más allá de lo rentable o poco rentable de la cosa". Acomoda la chala y vuelve a encender su cigarro. Levanta la vista y mira: "El estilo de vida de hoy nos impide vernos por dentro, porque se mira sólo el resultado económico. Y no buscamos nuestro oficio si no es rentable. Esto hace que a veces el oficio no lo veamos. Pero en determinadas circunstancias sale, despunta para afuera", dice moviendo sus dedos índices hacia arriba.

* Periodista free lance y escritora uruguaya radicada en Europa. Autora de la novela 'Amarillo', Grupo Editorial Cenzontle, Ciudad de México, octubre 2006. Fue reportera del diario Uruguayo El Observador. Cobertura de noticias políticas, reportajes de temas sociales e internacionales. Licenciada en Letras, orientación Socio-antropológica geográfica. Obtuvo su maestría en "Escritura y producción para la fiction y el cine".

Ernesto es otra persona desde que descubrió esto. Ya no se irrita ni apasiona discutiendo. Se siente sereno, lleno. "Llegué a la serenidad y no sé bien cómo fue. No pude vivir ese proceso. Cuando me di cuenta ya estaba hecho y yo era así, me había convertido en lo que soy hoy. No es sólo la serenidad. Estoy aprendiendo a exteriorizar otra vez. A soñar. Son cosas que no se valoran hasta que las recuperás." Lo dice con los ojos rojos, y con una mueca en su boca. "Hoy sé que hay que amasar el pasado y el presente para construir el futuro". Se refiere a que su oficio de carrocerero lo llevó siempre adentro, por toda su historia, para parirlo en este presente, y que sólo ahora, con la suma de todo lo que lo llevó hasta allí, puede construir su futuro. Sólo ahora. Con 62 años, achaques de la edad y más de dos tercios de su vida vividos. Sólo ahora puede proyectarse hacia adelante.

Resta una colilla de chala y tabaco que apenas le cabe entre los dedos. La fuma hasta el final, hasta pintarse de anaranjado las yemas. Y, mientras lo hace, pienso que ese gesto es simbólico y característico. Simbólico porque es un poco lo que está haciendo con su vida: consumir el último tramo de lo que una vez fue un cigarrillo. Característico porque es muy de él, y porque es quizás el primer gesto que sobresale cuando se le conoce. Ése y el sentido del humor.

- ¿Ernesto Alvez? No, nadie lo conoce -me dijo el mismo Ernesto dos días antes, cuando me bajé del autobús que me llevó hasta Belén y me acerqué a preguntarle al primero que encontré por la persona que buscaba.

Después rió y se llevó una punta encendida a los labios. Con la otra mano sostenía un termo y un mate. Pantalones cortos, camisa a rayas semi-abierta, sus perennes alpargatas. Pelo y bigotes grises, cejas negras y espesas, nariz ancha y grande. Desde la terminal del pueblo -que no es otra cosa que un almacén de comestibles y artículos para la casa en cuya puerta paran los buses- hasta la casa de Ernesto, hay unos 800 metros, recorriendo los cuáles se atraviesa buena parte de la localidad.

Pueblo Belén

Una plaza central de árboles y cemento con una comisaría, una biblioteca y un bar, viejo y casi vacío, tapizado por murales descascarados. Los que pintó uno de los 300 clientes que -aseguran los lugareños-, visitaban el lugar hace treinta o cuarenta años. Gente del pueblo. Gente como el "Tifón Araujo", un hojalatero y curandero que cada año precedía las procesiones de carnaval, con su disfraz de marqués y su carro majestuoso construidos por él mismo. Cantaba, potente y desafinado, por esas calle que sabía suyas. Porque no interpretaba un personaje. Sino que eran más bien los otros, quienes lo miraban, los que recitaban el papel de hombres y mujeres escépticos que no creían en su título nobiliario, su alcurnia y en su supremacía espiritual. Gente, también, como el intelectual e inteligente "Chacho Bon", que vivía de lo que le daban los vecinos y que tomaba para olvidar su condición de inteligente e intelectual. Pero que, aun en las borracheras más amnésicas, no lograba quebrar la verba literaria ni la suspicacia.

Allí, en ese bar, se reunían al atardecer el "Chacho Bon", "Tifón Araujo" y muchos más. El sol empezaba a irse y las voces, risas y discusiones comenzaban a ser eructadas por las ventanas y las puertas del bar. Ahora el bar está vacío, salvo por uno o dos lugareños acodados a la barra, que tal vez sí tejen disfraces y escriben tratados filosóficos, pero ya nadie los conoce y no tienen anecdotario conocido ni sobrenombres. Dicen que es por la televisión, que eructa mucho mejores ruidos, personajes y anécdotas, que ese bar resquebrajado.

Después de la plaza, hay manzanas cuadradas, calles de tierra, casas bajas y modestas, una escuela, un centro de estudios secundarios, un policlínico, y dos o tres cometas en el cielo. Poco más hay en este pueblo de dos mil habitantes y algo, a ocho horas de viaje desde Montevideo (en el que se atraviesa alguna que otra ciudad y mucho, mucho campo). Este pueblo que vive de la

agricultura y del trabajo en los complejos turísticos termales de la zona. Hay también algún almacén más, una pista de carreras de caballos que está ahí como desorientada, sin entender cómo ni por qué, un parque que hace las veces de camping y que quizás olvidó que los tiempos en los que Belén era una atracción turística permanente pasaron hace ya mucho tiempo. Lo olvidó o se hace el distraído al recibir la única carpa y la única casa rodante que se veían ese día en toda su extensión; ese predio que una vez fue enclave indígena.

Una vez lejana, cuando los guaraníes vivían de la agricultura, la recolección y la pesca en esas tierras. Una vez antes del 1600, antes de la llegada de los evangelizadores jesuitas que plantaron encima sus pueblos misioneros y los convirtieron a la ganadería, para la cual la zona de Belén se prestaba estratégicamente por llana, cercana a ríos y salpicada de ganado. Belén fue uno de los treinta pueblos misioneros de la zona y formaba parte de la Estancia de Yapeyú, que ocupaba casi toda la zona norte de Uruguay.

Esto duró hasta 1801, cuando el capitán Jorge Pacheco, bajo las órdenes del virrey del Río de la Plata, Gabriel de Avilés y del Fierro, fundó Belén, uno de los primeros pueblos de toda la zona norte del país, con unas treinta familias trasladadas -incluso por la fuerza-, desde los pueblos vecinos. Después de luchas e incendios dolosos por parte de los indios charrúas, después de que buena parte de la tierra fuera vendida y otra tomada por la fuerza, en 1810, el territorio dejó de pertenecer a los indígenas misioneros de Yapeyú.

En 1811, el prócer uruguayo José Gervasio Artigas estableció allí su cuartel general para detener el avance portugués, que terminó por emplazarse en el lugar con la retirada del prócer. En la década de 1840 Belén fue arrasado e incendiado durante la retirada de la batalla de Cagancha, y se volvió a fundar -por última vez- en 1867. Luego, en los años '70 del siglo XX, cuando se construyó la central hidroeléctrica de Salto Grande, se trasladó unos kilómetros, para evitar quedar sumergida por el lago artificial.

Hoy Belén es el resultado de esa mezcla de historias y pobladores (indígenas, misioneros, portugueses, orientales). Tal es así, que se ve incluso en los mínimos gestos de las tareas cotidianas: la bencedura, por ejemplo, esa práctica medicinal usada en el medo rural, se la hace actualmente con brasas formando una cruz, lo cual combina las tradiciones pre y post colombianas. "Acá somos todos descendientes de indígenas, la mezcla de indígenas con misioneros y de descendientes de indígenas con misioneros -cuenta, elevando el mentón-. Y si no es descendencia de sangre, es cultural. Yo, por ejemplo, heredé ese sentir la tierra de los guaraníes. Y ahora no me arranca nadie de acá."

Ése es Belén, un pueblo que vivió en primera persona buena parte de la historia del país, pero sólo como lugar de pasaje, como sitio provisorio. Una gasolinera al borde del camino.

Cruces y sierras sin fin

Desde su última fundación, Belén asumió su rol de personaje secundario y se convirtió en un pueblo tranquilo. De bares de compadres y cometas en el cielo. Aunque esta calma de siesta de día de verano se vio interrumpida por algún que otro relámpago o chaparrón.

Como esa tarde durante la dictadura militar uruguaya (1973 - 1985), en la que Ernesto les ofreció unos mates al policía y al informador civil que lo seguían por ser militante del Partido Socialista. Esa tarde en la que se sentaron y charlaron como amigos. Esa primera tarde de tantas otras. Esas horas y esos mates con los que "firmó" una especie de pacto de amistad con los "heraldos negros" del régimen. Porque era eso o el peligro de muerte. Y eligió poner yerba en un mate, echarle agua y pasarlo con la mano derecha, como dictan las leyes del buen cebador. Fueron esos mates los que lo salvaron cuando lo llevaron preso a la ciudad de Salto y lo liberaron unos días después, sin ningún rasguño. "La dictadura me enseñó a conocer a la gente con sólo

mirarla. Si no me mira a los ojos, es porque piensa distinto”, dice. Y luego: “Yo me salvé porque fui inteligente”. Y luego aun: “Yo creo que la dictadura fue más civil que militar”. Y no explica más. Sólo vuelve a decir que los civiles que informaban a los militares tuvieron un rol protagónico, más de lo que se cree. Repite lo mismo con otras palabras. Y uno se queda con dudas.

Todo esto lo dice una tardecita, mientras corta madera en su taller, donde trabaja como carpintero porque, está claro, en 2009 de carruajes no se vive. En ese momento llega Mario, alias “Maringo”, su amigo, que trabaja en el complejo turístico termal a unos kilómetros de allí y viste remera *Lacoste*, bermudas y chinelas. Poco después, entra también una anciana, con paso lento y un dejo de timidez.

- Negro, vengo a arreglar cuentas -dice, sacando a relucir un monedero que llevaba escondido bajo el brazo. Es una de las mujeres que se ocupa de mantener limpia y ordenada la iglesia (un prisma de cemento, techo a dos aguas y una cruz encima).

- Creo que por ahí Cristo me perdona -le contesta Ernesto. Y la mujer frunce el entrecejo sin comprender, y luego lo afloja, sonrío:

- Gracias, entonces, que Dios te dé más -responde la anciana, metiendo otra vez el monedero bajo el brazo y saliendo.

- Ahora capaz que los de la iglesia hablan menos mal de vos. Ahora van a decir “es un descarriado pero... por ahí me hizo un trabajito y no me cobró -interviene Maringo entre risas, una vez que la mujer se alejó. Y Ernesto lo secunda y ríe divertido. Mientras la cruz del *via crucis* que la mujer fue a pagar, descansa en un rincón de la iglesia y, desde allí, seguramente los mira con el ceño fruncido y sin comprender.

- ¿En qué estábamos? -retoma Maringo una vez que se les pasó la risa. Y estábamos en que Maringo quería explicar cómo veía a Ernesto, y lo hacía con una anécdota: un dirigente del Partido Colorado, de centro-derecha, le había ofrecido dinero y un automóvil a cambio de que “se subiera a estrados y dijera discursos”, pero Ernesto no aceptó-. Ah, sí, te estaba contando lo del Partido Colorado... Ta, eso, que Ernesto muchas veces renunció a los beneficios de la dictadura por defender lo que cree y el orgullo -hace una pausa, y su gesto pasó de la risa a la gravedad e incluso la emoción-. No vas a encontrar a nadie que hable mal de él.

Y me pregunto si “los de la iglesia” no cuentan. Pero no llego a formular la duda en voz alta que Maringo ya está recordando otra anécdota de su amigo que quiere contar:

- Hace unos años había un estanciero amigo del jefe de policía que hacía lo que quería. Dejaba animales sueltos en la zona urbana a pesar de que estaba prohibido. Y los chanchos se comían lo que plantaba Ernesto en la chacrita. Ernesto se calentó y fue a hablar con el estanciero, pero el estanciero le contestó con soberbia que los matara. “Uno más que matás, uno menos que molesta”, le largó. Y Ernesto fue y le mató tres chanchos y su mujer una oveja.

Lo dice con orgullo, intentando reforzar el concepto de que es una persona que defiende lo que cree. Pero Ernesto, sin saberlo, sabotea su tentativa:

- Vino el comisario y me dijo que me iban a llamar a declarar a la Comisaría, pero yo sabía que no vendrían. Y hasta hoy nunca vino nadie; nunca me citaron.

- ¡Es que el comisario venía siempre a tomar mate acá! -explica Maringo. Y son otra vez las risas retumbando en el taller, ese cubo de bloques y cinc.

La puerta del taller está abierta, y también la del fondo, la que da a un depósito donde Ernesto guarda las maderas que va encontrando por ahí o que le donan. Dentro hay mesas de trabajo y

una “sierra sin fin” que él mismo construyó con ruedas de carro y otros restos de cosas que, en algún momento, dejaron de ser tales.

Ahí es donde hoy construye y repara muebles, cruces, cajas de herramientas, marcos de ventanas y puertas; los objetos que construyen su día a día. Es de lo que vive, visto que no tiene ni tendrá jubilación. De eso y del sueldo de su mujer que trabaja, como buena parte de los del lugar, en el complejo termal vecino. “Hace unos días vino un hombre, me tiró un manojo de maderas y me dijo ‘arregláme esos remos’ -cuenta Ernesto, otra tarde que pasamos en el taller-. Eso no eran remos, eran palos hachados. Pero había que arreglarlos, porque el hombre los necesitaba. Y sin chistar y sin cobrar, porque no podía pagar... No hay riqueza, pero hay riqueza de otra manera.” Me está contando de los remos cuando entra en el taller un hombre flaco, desgarrado, de mirada extraviada y pelos entreverados, cargando bajo los brazos unas sillas plegables de madera. Las hizo Ernesto hace unos años para la iglesia, y ahora, después de tantas oraciones, ruegos y liturgia, vuelven a casa para una refacción. El hombre huesudo saluda moviendo el torso adelante y atrás, sin fijar la vista en ningún lado. Apoya las sillas contra un palo, vuelve a balancear el torso, mira el piso, el techo, el piso. Ernesto le adivina el silencio; le dice que en un par de días las puede pasar a buscar. Ese hombre que ahora agradece con una mueca, fue un prometedor jugador de fútbol hasta la tarde en que su madre murió y él se quedó perdido y borracho, haciendo mandados a los vecinos y llevando a pasear su mirada errática entre el cielo y la tierra, la izquierda y la derecha, sin dejarla descansar.

Este taller que el ex futbolista ahora abandona dando zancadas y hamacándose adelante y atrás, es donde Ernesto hizo toda la carrocería del carro paseo que le encargó el municipio de Montevideo. Es el primer -y hasta el momento el último- que construyó, más allá de los que había reparado. “Pero voy a vivir un lote de años más con esto, aunque no se haga ni una carroza más”, dice con su voz gruesa en ese cuerpo flaco y mínimo, refiriéndose a las emociones que ese trabajo le generó.

Fue una reproducción del carruaje francés “Break de Chasse” en el que pasearon por Montevideo los futbolistas uruguayos campeones olímpicos en 1928. Empezó informándose cuál era el uso que se le daba a ese tipo de carrozas y la capacidad que requería, y, en función de eso, eligió el tipo de madera, que buscó expresamente entre los árboles que se encuentran en esa zona, entre los montes, y que él mismo fue a recoger. “Pedí expresamente que se usara madera nativa.” Después empezó la construcción con herramientas las cuales, buena parte, él construyó. Cortó y pulió las maderas, las encastró de acuerdo a los planos. Y las desencastró, corrigió y volvió a encastrar, porque varias de las partes no eran simétricas y el montaje resultaba imposible. “La construcción de carrozas exige poner el estado de ánimo en un tiempo pasado, anterior. Es como reconstruir el pasado”, dice, y se aleja unos pasos porque me acerqué a él, gesto que repetiría cada vez que intentara acercarme. En esa reconstrucción histórica, para Ernesto, lo más estimulante e importante es la elección de los materiales. Elegir el algarrobo para “la masa” del carro, esa pieza central de las ruedas de madera, para evitar que se mueva; una madera semidura y no tan pesada para la base; el canelón, un árbol de monte, y el laurel para el resto de la carrocería, porque es una madera que se adapta más. Tal vez sea la mejor parte de su trabajo porque es justo lo que aprendió de su padre.

El oficio en la mirada

Ernesto está convencido de que su padre llevaba su mismo oficio adentro, sólo que nunca lo descubrió. Así que se murió como sin nombre, sin identidad. Porque Ernesto cree que es la pasión por el propio oficio la que nos define. Fue su padre y ese campo en el que vivieron como empleados de una chacra, los que le fueron generando adentro la materia prima para su descubrimiento. “El oficio es parecido a hereditario, porque se transmite hasta en la mirada”, dice.

Una de las tareas que tenía que llevar adelante el padre era la de reparar algún carro de los que usaba el patrón para ir a la ciudad o para trabajar el campo. Mientras lo hacía, le hablaba a Ernesto, le explicaba cómo arreglar “la masa”, o de qué madera debía ser la carrocería según la función que cumpliera. Su padre lo había aprendido haciendo, con sentido común y práctica. Conocía bien las calidades de las maderas y pensaba y analizaba antes de decidirse por una. Pasaban horas, tardes enteras, probando y calibrando, mechando esa tarea que tanto los unía como realizaba, con otras necesarias, aunque más ingratas y ajenas. “Creo que él tenía dentro el oficio porque los oficios no son algo que se aprende, sino algo que se lleva puesto. Uno puede no realizarlo y puede no servirle como fuente de ingresos, pero lo lleva igual... -comenta Ernesto y hace una pausa-. Dicen que soy el único que practica el oficio de constructor de carrozas hoy en Uruguay, pero seguro que no soy el único que lo lleva. Una cosa es practicarlo y la otra llevarlo.”

Ernesto creció en esa chacra, con sus padres y sus dos hermanos, Pablo y Leopoldina, cultivando y luego separando lo mejor para el patrón y lo que quedaba para ellos. Era con Leopoldina con quién iba de niño, a escondidas de sus padres, a cambiar las bolsas de maíz de ellos por las del patrón, para que el mejor grano no saliera de su casa. Vivió ahí hasta los 17 años cuando, después de terminado el “ciclo básico” de la enseñanza secundaria, se tuvo que ir a la capital del departamento, Salto, porque en el liceo de Belén en el que estudiaba no había profesores capacitados para los últimos dos años de enseñanza. Era un liceo popular, mantenido por la gente del lugar y cuyos profesores eran los pobladores de Belén que habían “estudiado un poco” y trabajaban voluntariamente. A fin de año llegaban profesores hasta el pueblo a tomar exámenes y decidir quién estaba en grado de pasar de año. En Salto terminó el liceo y, para mantenerse, empezó a trabajar en un aserradero.

Hubiera querido hacer la carrera militar, pero no pudo porque le había quedado un brazo torcido desde niño, cuando se cayó y se lo quebró. “Mi sueño fue ser militar pero no para ser soldado, sino por el conocimiento que daba la carrera”, dice como justificándose. “Me gustaba la historia artiguista y las estrategias de guerra.” También le hubiera gustado ser investigador en historia o arqueólogo, y fue por eso que, al volver a Belén después de terminado el secundario, empezó a dar clases de historia y geografía (y a estudiar esas material paralelamente) en el mismo liceo popular en el que se había formado. “Algún día voy a escribir la historia de mi pueblo, pero si lo hago, lo haré sólo cuando no pueda hacer más nada. Es mucho más importante hacer”, dice y luego me mira, se ríe, y me pide disculpas. Mientras enseñaba, para vivir, trabajaba en la refinería estatal “El Espinillar”, que producía azúcar y alcohol a partir de la caña de azúcar.

Volvió a su madera constitutiva después de haber sido despedido de ese establecimiento en 1969 (el liceo fue cerrado poco después, por orden del gobierno de facto). Construyó un galpón, compró herramientas y abrió un taller de carpintería. Trabajó en él por años, antes, durante y después de la dictadura, intermitentemente. Alternándolo o acompañándolo con el trabajo de chacra que le aseguraba la comida y la militancia política en el Partido Socialista, que le aseguraba su cuota de idealismo.

Fue entonces, cuando al taller empezaron a llegar carros, *sulkies* y volantes que se usaban en las tareas campestres, para ser reparados. Y empezó a darse cuenta que podía arreglarlos. Y se reinventó carrocerero, o se descubrió tal: “No fue difícil aprender el oficio, porque como dije, ya lo llevaba puesto, aunque no había dado cuenta hasta entonces”. Y así continuó su vida hasta ese 2008 en el que le encargaron desde la capital construir la reproducción del “Break de Chasse”, y arriesgó, y puso manos a la obra, y terminó de construir la arcilla con la que él mismo estaba hecho.

La quinta variación

Todo esto me lo cuenta en su casa, una mañana entre mate y mate, sentados en la mesa de la sala, de cármica y madera. Un poco más allá está la cocina, el baño y dos habitaciones. En una de ellas se ve la cama -sin hacer- que Ernesto comparte con su esposa, Graciela, esa mujer de 47 años que preparaba grandes ollas de comida para los militantes de izquierda que se reunían en el fondo de su casa poco después del retorno de la democracia. Y que, una vez que los servía, salía a encontrar a los suyos, los militantes de derecha del Partido Colorado, que la esperaban fuera con banderas, para ir a las reuniones que, por su parte, ellos hacían.

La habitación de Ernesto y Graciela está dividida por un muro de bloques sin pintar. Del otro lado hay dos camas, en las que hasta hace poco dormían sus hijas, cuando todavía no se habían ido a Montevideo. Vanesa, la más grande, de 24 años, trabaja en una empresa de transportes. Es quien un día, al llegar a la capital desde Belén, encontró en la terminal de autobuses a un joven de su pueblo sin trabajo y desesperado, y se lo llevó, a pesar de conocerlo apenas, a su pensión, donde le dio casa y comida hasta que consiguió un empleo. Después está la otra, la menor, Leticia, de 18 años, que estudia ciencias de la comunicación y vive con su hermana. Ella es quien se lleva a Ernesto a los bailes con sus amigos, pero luego no le permite bailar con ninguna mujer. Estamos sentados en esa sala desordenada y Ernesto bebe un mate tras otro, de manera automática, mientras me cuenta su vida. Por momentos se interrumpe para acomodar la bombilla, ordenar la yerba y cebarlo con meticulosidad, para dármele después a mí. Lo miro y pienso que tiene ojos buenos, casi tristes, y que esa arruga en la frente, entre ceja y ceja, no debe ser casual. Como así tampoco las otras, las que se pronuncian alrededor de su boca cada vez que ríe. Son Ernesto, tanto como el olor a tabaco y chala que lo acompaña, como una aureola, a donde va.

“Hacer la carrocería fue como rescatarme a mí mismo. Me ha devuelto el derecho a soñar”, dice, y chupa su colilla diminuta y naranja. Tal vez porque es en el oficio de carrocerero en el que pudo finalmente ver realizada su pasión por la reconstrucción de la historia. Esa que lo hizo pensar en la carrera militar primero, en la investigación y la arqueología después. Esa que lo hace salir a buscar restos guaraníes junto a río o leer todo el material histórico que encuentra sobre su tierra natal. Después de todo, como decía el escritor checo Milan Kundera, todos los acontecimientos de la vida de una persona no son más que “variaciones sobre un mismo tema”. Y el de Ernesto fue ése: la recuperación histórica. Entonces, mientras voy en el autobús que me trae de regreso a Montevideo, me lo imagino sentado -ajado pero erguido; vestido con uniforme militar-, junto a un indio guaraní en el pescante de un “Break de Chasse” que se pierde en el campo, mientras desde Belén lo saludan el Chacho Bon y el Tifón Araújo sosteniendo una botella por lo alto.